

Hace algunos años, en los pueblos del interior del país no se conocía el empapelado de las paredes. Era este un lujo reservado apenas para alguna casa importante, como el despacho del Jefe de Policía o la sala de alguna vieja y rica dama de campanillas. No existía el empapelado, pero sí la humedad sobre los muros pintados a la cal. Para descubrir cosas y soñar con ellas, da lo mismo. Frente a mi vieja camita de jacarandá, con un deforme manojito de rosas talladas a cuchillo en el remate del respaldo, las lluvias fueron filtrando, para mi regalo, una gran mancha de diversos tonos amarillentos, rodeada de salpicaduras irregulares capaces de suplir las flores y los paisajes del papel más abigarrado. En esa mancha yo tuve todo cuanto quise: descubrí las Islas de Coral, encontré el perfil de Barba Azul y el rostro anguloso de Abraham Lincoln, libertador de esclavos, que reverenciaba mi abuelo; tuve el collar de lágrimas de Arminda, el caballo de Blanca Flor y la gallina que pone los huevos de oro; vi el tricornio de Napoleón, la cabra que amamantó a Desdichado de Brabante y montañas echando humo de las pipas de cristal que fuman sus gigantes o sus enanos. Todo lo que oía o adivinaba, cobraba vida en mi mancha de humedad y me daba su tumulto o sus líneas. Cuando mi madre venía a despertarme todas las mañanas generalmente ya me encontraba con los ojos abiertos, haciendo mis descubrimientos maravillosos. Yo le decía con las pupilas brillantes, tomándole las manos:

-Mamita, mira aquel gran río que baja por la pared. ¡Cuántos árboles en sus orillas! Tal vez sea el Amazonas. Escucha, mamita, cómo chillan los monos y cómo gritan los guacamayos.

Ella me miraba espantada:

-¿Pero es que estás dormida con los ojos abiertos, mi tesoro? Oh, Dios mío, esta criatura no tiene bien su cabeza, Juan Luis.

Pero mi padre movía la suya entre dubitativo y sonriente, y contestaba posando sobre mi corona de trenzas su ancha mano protectora:

-No te preocupes, Isabel. Tiene mucha imaginación, eso es todo.

Y yo seguía viendo en la pared manchada por la humedad del invierno, cuanto apetecía mi imaginación: duendes y rosas, ríos y negros, mundos y cielos. Una tarde, sin embargo, me encontré dentro de mi cuarto a Yango, el pintor. Tenía un gran balde

llo de cal y un pncel grueso como un puo de hombre, que introduca en el balde y pasaba luego concienzudamente por la pared dejandola inmaculada. Fue esto en los primeros das de mi iniciaci3n escolar. Regresaba del colegio, con mi cartera de charol llena de migajas de biscochos y l3pices despuntados. De pie en el umbral del cuarto, contempl3 un instante, at3nita, casi sin respirar, la obra de Yango que para m3 ten3a toda la magnitud de un desastre. Mi mancha de humedad hab3a desaparecido, y con ella mi universo. Ya no tendr3a m3s r3os ni selvas. Inflexible como la fatalidad, Yango me hab3a despose3do de mi mundo. Algo, una sorda rebeli3n, empez3 a fermentar en mi pecho como burbuja que, creciendo, iba a ahogarme. Fue de incubaci3n r3pida cual las tormentas del tr3pico. Tirando al suelo mi cartera de escolar, me abalanc3 fren3tica hasta donde me alcanzaban los brazos, con los puos cerrados. Yango abri3 una boca redonda como una "O" de gigantes, se qued3 unos minutos enarbolando en el vac3o su pncel que chorreaba l3quida cal y pudo preguntar por fin lleno de asombro:

-¿Qu3 le pasa a la ni3a? ¿Le duele un diente, tal vez?

Y yo, ciega y desesperada, gritaba como un rey que ha perdido sus estados:

-¡Ladr3n! Eres un ladr3n, Yango. No te lo perdonar3 nunca. Ni a pap3, ni a mam3 que te lo mandaron. ¿Qu3 voy a hacer ahora cuando me despierte temprano o cuando t3a Fernanda me obligue a dormir la siesta? Bruto, odioso, me has robado mis pa3ses llenos de gente y de animales. ¡Te odio, te odio; los odio a todos!

El buen hombre no pod3a comprender aquel chaparr3n de llanto y palabras irritadas. Yo me tir3 de bruces sobre la cama a sollozar tan desconsoladamente, como solo he llorado despu3s cuando la vida, como Yango el pintor, me ha ido robando todos mis sueos. Tan desconsolada e in3tilmente. Porque ninguna l3grima rescata el mundo que se pierde ni el sueo que se desvanece... ¡Ay, yo lo s3 bien!